

to, los benedictinos supieron merecer la triple gloria de haber convertido la Europa al cristianismo, cultivado los desiertos y conservado y reanimado la literatura (22). Entre esos que se llaman ocios holgazanes, proclamará un monje el movimiento de la tierra, otro inventará el reloj para medir las horas canónicas, un tercero descubrirá la pólvora haciendo toscos experimentos. Otros introducirán los primeros molinos de viento (23). El abad de Nonantola enviaba todos los años á las monjas de San Miguel arcángel, en Florencia, doce jóvenes provistas de lino y de lana, con el objeto de instruirse allí en el arte de tejer (24).

(22) El *Magnum chronicon belgicum* (ap. PISTORIO. — *Scriptores rerum germanicarum*, t. III, p. 189) nos enseña que Juan XXII en el siglo XIV, calcula que la orden de San Benito había dado veinte y cuatro papas, ciento ochenta y tres cardenales, mil cuatrocientos ochenta y cuatro arzobispos, mil quinientos dos obispos, quince mil setenta abades, cinco mil quinientos cincuenta y cinco santos, y que en la época del concilio de Constanza existían quince mil ciento siete conventos, cada uno de los cuales tenía por lo menos seis religiosos.

(23) «Fue por mucho tiempo un consuelo para el género humano que existiesen aquellos asilos abiertos á todos los que deseaban huir de las opresiones de los gobiernos godo y vándalo. Por lo comun todo aquel que no era señor de castillo, era esclavo. Se sustraía uno, en la tranquilidad de los claustros, de la tiranía y de la guerra... Los pocos conocimientos que quedaban entre los bárbaros, se perpetuaron en el claustro. Transcribieron los benedictinos algunos libros, viéndose poco á poco surgir de los claustros no pocos inventos útiles. Por otra parte, aquellos religiosos cultivaban los campos, cantaban himnos, vivían sobriamente, eran hospitalarios, pudiendo servir su ejemplo para mitigar la ferocidad de aquellos tiempos de barbarie. No puede negarse que en los claustros había grandes virtudes, y aun hoy no hay monasterio que no encierre almas admirables, honra de la naturaleza humana. Muchos escritores se han complacido en indagar los desórdenes y los vicios que mancharon en ocasiones estos asilos de la piedad; pero lo cierto es que la vida secular fué siempre más viciosa; que los grandes delitos no se cometieron en los claustros, sino que resaltaron más por el contraste con la regla. Ningun estado se ha conservado más puro. Los cartujos, no obstante sus riquezas, se consagran continuamente al ayuno, al silencio, á la oración y á la soledad, tranquilos en la tierra en medio de tantas agitaciones, cuyo rumor apenas oyen, y no conociendo á los grandes sino por las oraciones á las cuales van unidos sus nombres.» VOLTAIRE, *Ensayo sobre las costumbres*, cap. 139.

Y en el *Diccionario filosófico*, en las palabras *Apocalipsis* y *biénes de la Iglesia*: «Preciso es confesar que los benedictinos hicieron muchas obras notables: que los jesuitas prestaron importantes servicios á las letras; necesario es también bendecir á los hermanos de la Caridad y á los que se dedicaban á redimir cautivos. El mayor de los deberes es el de ser justo... Confesemos, á pesar de todo lo que se ha dicho respecto de sus abusos, que siempre existieron en su seno personas eminentes por su saber y su virtud; que si hicieron mucho daño, también prestaron grandes servicios; y que en general son más dignos de lástima que de vituperio.»

(24) TIRABOSCHI, *Historia de la abadía de Nonantola*, II, 78, en el año 895.

Los humillados de Milan llegaron á ser la compañía más traficante en lana y paños. Los monjes de San Benito Polirone, junto á Mántua, empleaban más de tres mil yuntas de bueyes en los trabajos del campo. Recibe el pastor San Beneceto, en un éxtasis, la orden de construir un puente en Aviñón; se niega el obispo á creerle; pero levanta y lleva sobre sus espaldas una piedra enorme, se ejecuta la obra y se funda una congregación con el nombre de los hermanos pontífices (25). Tratándose en otra ocasión de construir una muralla alrededor de una iglesia, con objeto de preservarla de las incursiones, y hallándose los aldeanos abrumados de fatiga, se encontraron á la mañana siguiente con las piedras más gruesas trasladadas ya de gran distancia y colocadas en los cimientos.

Y las paredes de una iglesia ó de un monasterio eran la salvaguardia de los pueblos vecinos, así como sus dotaciones eran el pan de los pobres. Lo que el aldeano daba á su señor se consideraba como un deber sin recompensa. El sueldo ó la gavilla de trigo que ofrecía espontáneamente al clero, le era restituido con usura, sin hacer mención de las pequeñas atenciones de los consuelos del corazón que no se pagan con ningun dinero.

Mientras abrasaba la guerra los campos, y dos señores, uno peor que el otro, se disputaban sus tierras, ¡qué consuelo no sería para el labrador y para el viajero contemplar la calma de los monasterios, y saber que allí encontraría sin falta la paz y un seguro asilo, que la gente de guerra no podía asegurar á los castillos! Pronta estaba una sopa para el que la implorase. ¡Cuántos de nuestros padres, encontrándose despojados de todo lo que poseían, no habrán tenido otro recurso para prolongar su existencia, que el pedazo de pan dado por el monasterio en nombre de Dios! Las obvias declamaciones de una ciencia falta de entrañas contra la avaricia de los monjes y del clero, son ahogadas por los gemidos ó por los ahullidos del pauperismo, siempre en aumento en nuestros días, sobre todo en los países en que no está tan arraigado el espíritu cristiano, y en donde el apartamiento entre la caridad y la economía política es más notable.

Atraídos por aquella seguridad, acudían allí artesanos y labradores, formándose pronto un pueblo en los alrededores de un convento, que por lo comun llegaba á ser ciudad. Allí era donde se refugiaban aquellos desengañados de las grandezas de la tierra ó que se habían visto rechazados de ella, las viudas que habían perdido con sus esposos el brillo de su clase; mujeres engañadas ó abandonadas; las extraviadas que de nuevo querían seguir la senda del honor; los doctos desimpresionados de la vanidad literaria, llevando todos el tributo de sus riquezas, de su doctrina, de sus afectos y de sus virtudes.

(25) BOLLANDISTAS, 11 de abril.

CAPÍTULO XVII

LOS PAPAS.

Este gran movimiento era dirigido por Roma católica, no con el empleo de la unidad aparente y forzada de la ciudad pagana, sino en virtud de la influencia de una persuasión que penetra en el fondo de las almas y somete las voluntades. Así como hemos visto en nuestros días en España y en el Tirol á los frailes mantener correspondencia con los naturales sublevados en contra de los opresores, el clero había convertido entonces á Roma en centro de los esfuerzos comunes, y por su parte, merced á la habilidad admirable con que sabe esperar, robustecía el poder que le sirvió para proteger la libertad de Europa contra los bárbaros, la libertad del saber humano contra las adulaciones cortesanas y la arrogancia guerrera, la santidad del matrimonio contra los adulterios reales, las constituciones de los reinos contra los usurpadores y los tiranos.

Después de la muerte de Simplicio (diciembre de 482) solo estuvo vacante por espacio de seis días la Santa Sede. Durante este tiempo Basilio, prefecto del pretorio, se presentó en nombre de Odoacro en la asamblea del clero y de los magistrados diciendo: «*Hacéis memoria de que nuestro bienaventurado papa Simplicio recomendó que, para evitar toda clase de disturbios, no procedierais á la elección sin oír nuestro dictamen. Nos sorprende, pues, que hayáis empezado á obrar sin la intervención nuestra.*» En seguida prohibió á los obispos futuros la facultad de enagenar cosa alguna, como también los ornamentos y vasos sagrados de la Iglesia.

San Félix.—Recayó la elección en Félix, romano (483) (1), quien puso en noticia del emperador

(1) Segundo ó tercero pontífice de este nombre, según se cuenta ó no el que fué nombrado en 355 en vida del papa Liberio.

su elección, exhortándole á que no se apartara de la fé ortodoxa. Quédannos de él varias cartas y una historia de los monofisitas titulada: *Gesta de nomine Acacii, seu breviarium historie Eutychianorum.*

Tuvo por sucesor al africano Gelasio (492), el cual escribió himnos, prefacios y tratados sobre las cuestiones que se ventilaban entonces. También compuso uno contra el senador Andrómaco y otros romanos que aspiraban á resucitar las fiestas lupercales, bajo pretexto de que se multiplicaban las enfermedades desde que no se apaciguaba al dios Februario. Pontífice caritativo, enemigo del fausto y de los placeres, fijó las ordenaciones en las cuatro temporadas, y persiguió la memoria de Acacio de Constantinopla, ya difunto, hasta el extremo de negar la comunión á los que se incomodaban porque se le había condenado, rigor que dió margen á un cisma. En un concilio hizo la distinción entre los libros canónicos y los que eran apócrifos, declaró ecuménicos los cuatro sínodos de Nicea, Constantinopla, Efeso y Calcedonia, y dijo á qué escritores pertenecía el título de Padres de la Iglesia.

Anastasio II, romano, ocupó la Santa Sede por espacio de dos años (496), y pudo regocijarse de la conversión de Clodoveo. Aunque no agitará á la Iglesia ninguna nueva heregia, lo que aun restaba de las anteriores hacia que algunos rechazaran el concilio de Calcedonia, y que resultaran de aquí cismas, especialmente al tiempo de la elección de los patriarcas de Constantinopla. Pensó el emperador Zenon en poner término á ellos, publicando el *Enótico* ó edicto de union, profesión de fé á la que ordenó que se conformaran todos (pág. 43). Este edicto no contenía en realidad nada en oposición á la creencia católica, si bien no se hacía mención del concilio de Calcedonia: además, allí

se abrogaba el emperador una autoridad que no le pertenecía, fallando sobre las cosas divinas. Lo que debía ser símbolo de union se convirtió, pues, en germen de cizaña, rechazándolo los papas y los emperadores. Anastasio envió al senador Festo para que indujera al emperador á aceptar el concilio esclusivo; pero habiendo muerto Anastasio, se encargó el enviado, por el contrario, de hacer admitir el Enótico al nuevo pontífice.

Simaco.—Habiendo encontrado á su vuelta ya elegido á Simaco (498), diácono de Cerdeña, compró otros sufragios é hizo ordenar al mismo tiempo á Lorenzo. No pudiendo ponerse de acuerdo los dos pretendientes, convinieron en atenerse á la decision de Teodorico; de esta suerte un príncipe arriano se vió llamado á fallar entre los dos jefes de la Iglesia católica. Declaróse en favor de Simaco que ocupó quince años la Santa Sede.

Poco tardaron los descontentos en acusarle de enormidades ante Teodorico y en volver á llamar á Lorenzo á Roma; Festo y Probino pidieron á este rey que enviara á Roma un obispo visitador, como era de costumbre cuando la sede estaba vacante: protestaron los católicos, teniendo por inútil esta mision, puesto que había un papa legítimo: ni aun la misma presencia de Teodorico logró aplacar los odios. Habiéndose congregado los obispos de Italia para un concilio (504), cuando á él se dirigía Simaco, fué acometido á pedradas, y cundiendo el tumulto, hubo tal desorden en la ciudad, que hasta se violó la castidad de los monasterios. Se reconoció por último la inocencia del papa y se vió restablecido; pero ni aun así renació la paz, porque Lorenzo, sostenido por Festo, retuvo en su poder á viva fuerza muchas iglesias por espacio de cuatro años, y para poner fin á tamaño escándalo, hubo necesidad de que se interpusiera Teodorico. La acusacion que se presentó contra Simaco, era dirigida probablemente contra la pureza de sus costumbres; pues para extinguir hasta las sospechas, estableció que en adelante todo sacerdote ú obispo tendria sin cesar á su lado una persona de probidad conocida (*sincellos*) para ser testigo de todos sus actos.

Tambien el emperador Anastasio causó turbulencias en la Iglesia siguiendo, no á los eutiquianos propiamente dichos, sino á los acéfalos, es decir, á los hombres sin jefe, que pretendian dejar libertad á cada uno para aceptar ó no el concilio de Calcedonia (514). Pero Hormisdas, campanio, sucesor de Simaco, tuvo el placer de ver á Justino, el nuevo emperador, confesar aquel sínodo, condenar á los eutiquianos, y arrebatár á los arrianos todas sus iglesias.

Entre tanto, como el espíritu sofisticado de los griegos no podía permanecer en inaccion, empezaron á debatir el punto de saber si se podía decir que se había crucificado *uno* ó bien *una persona* de la Trinidad. Tambien después, á propósito de aquel pasaje del Evangelio en que se dice que *nadie sabe la hora del juicio, ni aun el Hijo*, discutieron si

Jesucristo lo ignoraba en cuanto hombre: lo cual produjo la heregia de los agnoitas, después la de los tricitas, que admitia en la Trinidad tres naturalezas particulares, independientemente de la naturaleza comun. Sutilezas inútiles acerca de misterios inconcebibles, que trastornaban hasta las ideas de moral, haciendo llamar santos á algunos que no tenian más mérito que combatir ó sostener tal ó cual opinion.

Juan.—El decreto de Justino (523) en contra de los arrianos desagradó á Teodorico, rey de Italia, quien envió al nuevo pontífice Juan á Constantinopla para obtener que se les volviese á conceder el libre ejercicio del culto, ó de lo contrario tambien turbaria el de los católicos en Italia. No pudo ó no quiso lograr el objeto de su mision el papa, y Teodorico le hizo aprisionar, sospechando de su complicidad en conjuraciones urdidas entonces para sublevar la Italia. Habiendo muerto de miseria, fué reemplazado por Felix IV, simbrío (526), después por Bonifacio II, de origen godo (530), que condenó la memoria de Dióscoro, su competidor, y reclamó la facultad de designar su sucesor, de lo cual se arrepintió después.

Como se averiguara que en la eleccion de Juan II Mercurio se habían comprado los sufragios (532), declaró el emperador que las obligaciones contraídas con este motivo eran nulas, y que cualquiera que aceptase algo por conferir un obispado, sería obligado á restituirlo; permitiendo, sin embargo, á los dependientes de palacio tomar hasta 3,000 sueldos de oro, cuando hubiese algunas dificultades en la eleccion del papa, y 2,000 por la de los demás patriarcas, con la facultad de distribuir 500 entre el pueblo por los simples obispos.

Agapito.—Sucedió á Juan II (535), el romano Agapito, uno de los pontífices más ilustres, quien fundó en Roma una academia para las bellas letras. Enviado por Teodato á Justiniano para proponerle la paz, volvió sin haber conseguido nada; pero había podido abatir á los herejes en Constantinopla, y deponer de aquella silla á Antimio que había sido trasladado á ella desde otra, á despecho de los cánones. Como desde luego queria Justiniano oponerse á ello amenazándole hasta con el destierro, le respondió Agapito: *Creia hablar á un emperador católico, pero veo que tengo que habérmelas con un Diocleciano*; y persistió hasta que el príncipe dió su consentimiento. Irritóse de ello Teodora como de una afrenta, y maquinó con Vigilio, diácono de la Iglesia romana, comprometiéndose á hacer que le nombraran papa si se avenia con los prelados de Constantinopla y Antioquia, como tambien con el monje Severo, jefe de los acéfalos, y hacia que se anulara el concilio de Calcedonia.

Vigilio.—De vuelta Vigilio en Roma, inclinó el ánimo de Belisario (536), mediante la promesa de doscientas monedas de oro, á que no se desperdiciara ningun medio para derribar á Silverio, hijo del papa Hormisdas, quien á la muerte de Agapito, había sido elevado á la Santa Sede por Teoda-

to y confirmado por el asentimiento del clero. Fué, pues, acusado el papa de estar en inteligencia con Teodato para introducir á los godos en Roma. Habiéndole llamado Belisario al palacio, le hizo despojar de las vestiduras pontificales y trasladar desterrado á Patara en la Licia, mandando después que fuese investido Vigilio con el pontificado (537).

Eran tan desgraciados los tiempos, que no encontró oposicion ninguna. De esta manera consiguió Vigilio el objeto de su ambicion y aceptó á los tres disidentes. Pero habiendo emprendido el obispo de Patara la tarea de defender á Silverio, fué en busca del emperador, quien declaró ignorar enteramente lo que había pasado y dispuso que el pontífice fuese de nuevo conducido á Roma, para ser examinado sobre las acusaciones que se dirigian contra él. Esto no impidió que Belisario, para quien eran leyes los deseos de Teodora, le hiciera detener en el camino y confinar á la isla de Palmaria, enfrente de Terracina, donde murió de hambre ó fué degollado, y la compasion que inspiraba aquel justo perseguido, pretendió ver afirmada su santidad con muchos milagros.

Vigilio, que fué entonces confirmado (538) por el clero en la alta categoria á que había ascendido de una manera tan indigna, supo resistir á las veleidades religiosas de Teodora; y habiendo acudido á Constantinopla, desplegó mucha firmeza contra los disidentes, aun cuando fué arrastrado por las calles con una cuerda al cuello y arrojado en el fondo de una torre, hasta el momento en que la muerte de Antimio quitó, en fin, todo pretexto á aquellas divisiones.

Tres capítulos.—Surgió, no obstante, otra escision, deplorablemente célebre, con el nombre de los *Tres capítulos*, suscitada no por ambiciones que luchaban, sino por personajes que ya no existian. Se habían propuesto en el concilio de Calcedonia (t. III pág. 527) tres capítulos, pidiendo la condenacion de las obras y de la persona de Teodoro de Mopsuesta, como hereje; de una carta de Iba, obispo de Edesa, en alabanza del mismo Teodoro, y de varios escritos de Teodoreto de Ciró. Considerando los Padres de Calcedonia que aquellos obispos se habían retractado y reprobado los errores de Nestorio y de Eutiquio, objeto de aquel concilio, los enviaron absueltos á las iglesias que les habían sido arrebatadas por un conciliábulo.

A la sazón, el diácono Pelagio, nuncio en Constantinopla, había obtenido, en union del patriarca Menna, que Justiniano reprobare ciertos errores de Orígenes. Teodoro Ascida, acéfalo, obispo de Cesarea, emprendió, en odio á Pelagio, hacer revocar la condena. Persuadió, en su consecuencia, al emperador, de que el medio seguro para poner acordes á los católicos y á los acéfalos, era escomulgar á Teodoro de Mopsuesta, á Teodoreto y á Iba.

Todos tres, hacia ya tiempo, habían acudido á dar cuenta de sus pensamientos al que únicamente podía apreciarlos. Sin embargo, á pesar del concilio de Calcedonia, el emperador les reprobó (544) é hizo condenar por un concilio que se reunió en Constantinopla. Los occidentales conocian poco el griego, y no habían leído á Teodoreto ni á Iba; pero sabian que en Calcedonia habían sido reconocidos como ortodoxos. Por tanto, Esteban, que había sucedido á Pelagio en la nunciatura, viendo que esta decision debilitaba la autoridad del concilio ecuménico, se opuso á ella: no solo le sostuvo el papa Vigilio, sino que habiendo ido á Constantinopla para pedir socorros contra Totila, que sitiaba á Roma, se separó de la comunión de los que se habían adherido á la condena segun los tres capítulos. Pero al cabo de poco tiempo se dejó inducir hasta el punto de condenarlos él mismo (548), salva la autoridad del concilio de Calcedonia, á condicion de que no se discutiera más sobre este asunto ni de palabra ni por escrito. Desagradó este término medio, como siempre acontece entre dos partidos, á los adversarios de los capítulos por su reserva, á los católicos por la condenacion, y todos los obispos de Africa, de Liria, y de Dalmacia se separaron del papa (2). Espantóse Vigilio, como hombre débil, del grito que los católicos lanzaban en contra suya y revocó su decision; pero al mismo tiempo prometió á Justiniano hacer de modo que se les condenase segun los Tres capítulos, pidiéndole guardara secreto sobre este compromiso, debiendo quedar suspendido el negocio hasta la reunion de un concilio general.

Entre tanto el emperador publicó de nuevo su constitucion (551), y no habiendo sido escuchado el papa, se separó de los orientales. Fué tratado entonces como prisionero; pero lo sufrió con valor diciendo: *Me tenéis á mí, pero no á San Pedro*. Llegó la persecucion hasta el grado de tener que refugiarse bajo un altar el papa. Habiéndose adelantado el pretor para sacarle de allí, se sublevó el pueblo en su defensa, y entonces pudo buscar un asilo en la iglesia de Santa Eufemia de Calcedonia. No quiso volver hasta que Axida y Menna declararon aceptar los cuatro concilios y todas sus decisiones. Entonces entró de nuevo Vigilio en Constantinopla; y no pudiendo obtener que se celebrara el concilio en Italia ó Sicilia con intervencion de los obispos de Occidente, lo vió abrirse en Constantinopla (V ecuménico) por los patriarcas y por ciento cuarenta y cinco obispos de Oriente (4 de

(2) Pueden verse acerca de la larga y dolorosa cuestion de los Tres capítulos las actas del II concilio constantinopolitano, con muchos hechos auténticos, pero inútiles. El griego Evagrio es menos minucioso y menos exacto que los tres africanos Facundo, Liberato y Victor de Tunnunese. El *Liber pontificalis* de Anastasio, es prueba original, pero toda en pro de los italianos. De los modernos tenemos á DUPIN, *Bibl. ecclési.*, V. p. 189-207, y BASNAGE, *Hist. de la Iglesia*, I, pág. 519-541.

mayo de 553). Condenó el papa los errores que se encontraban en los escritos de los tres preladados, no como herejes, sino por un exagerado celo en favor de la ortodoxia. Se declararon contra el papa en Italia los arzobispos de Aquilea, de Milan y de Ravena, como también los obispos provinciales de Istria, Venecia y la Liguria; algunos limitándose a no adherirse a la condena de las doctrinas enunciadas en los tres capítulos, tal vez temerarios, pero no cismáticos y que podían ser tolerados; otros decidiendo que el papa erraba. Habiendo reunido Paulino, patriarca de Aquilea, en sínodo provincial (556) a los obispos sus sufragáneos, desechó el quinto concilio y no quiso ya comulgar con el papa. Resultó de aquí un cisma (3) que duró hasta 698 cuando un nuevo sínodo de Aquilea aceptó a instancias del papa Sergio, el V concilio.

Origenistas.—La cuestión relativa a la naturaleza divina había absorbido la atención de tal manera, que parecían olvidadas las origenísticas, tan debatidas en otro tiempo (t. III pág. 268). Sobrevivían, sin embargo, y probablemente era su centro la Palestina, cuna del ascetismo, y en donde, bajo los auspicios de San Sabas, se habían retirado hasta mil ermitaños a las orillas del Jordán. Apenas hubo muerto éste (530), reaparecieron los errores de Orígenes; y la antigua censura de Teófilo, renovada por el metropolitano de Antioquia, no hizo más que aumentar su atrevimiento. Justiniano creyó reprimirlos con su edicto de 545, suscrito por los pontífices de Roma, de Constantinopla, de Alejandría, de Antioquia y de Jerusalén; pero progresaron los origenistas, de manera que se comprendió ser necesario condenarlos formalmente. Por tanto, en el V concilio ecuménico, reunido para un objeto muy diferente, pidió el emperador que se condenase la teología de Orígenes. En efecto, se reprobó su sistema del universo y la herejía relativa a la Encarnación y a la preexistencia de las almas, ó sea la caída personal de cada hombre, la unidad primordial de las criaturas y del Criador, la reprobación de la materia, la identidad de los ángeles, de los hombres y de los demonios, la naturaleza angelica de Cristo, la futura aniquilación de los cuerpos, la unidad final ó la reabsorción de las criaturas en Dios. Pero no se definió cuál fuese la ley del nacimiento y del desarrollo de las almas, cuál su cambio en el cielo, cuál el estado de los cuerpos después de resucitados, y cuál la condición de los condenados.

Aun a la misma condenación de Orígenes se negó Vigilio al principio, y después condescendió con una vacilación que escandaliza al compararla con la firmeza que una serie de papas antecesores y sucesores suyos mostraron para sostener la verdad.

(3) En aquella ocasión se dió por los cismáticos al metropolitano de Aquilea el título de *patriarca*; título que después ha sido conservado por la Iglesia.

Pelagio I.—Habiendo muerto Vigilio en Siracusa, cuando volvía a Italia, se le dió a Pelagio por sucesor (555), más bien por la voluntad del emperador que por la libre elección del clero y del pueblo. En su consecuencia muchos romanos se negaron a comunicarse con él, y corrió la voz de que había contribuido al envenenamiento de su predecesor y suscitado las persecuciones en contra suya, cuando, por el contrario, le había consolado y sido partícipe de ellas, y de que, en fin, había tenido relaciones con los herejes, a quienes había combatido. Adquirieron tanta consistencia aquellas calumnias, que solo dos obispos asistieron a su consagración, pero se justificó de la acusación de herejía con una amplia profesión de fé, y del crimen con una solemne procesión; después de lo cual, subiendo a la catedral de San Pedro, con el Evangelio en una mano y la cruz en la otra, juró que era inocente e invitó al clero a que le ayudase a gobernar bien.

Pero el gobierno era difícil, en tanto que duraba el cisma; y cuando Pelagio, para ponerle término, sostenía el concilio de Constantinopla, le hacían cargo sus enemigos de atacar el de Calcedonia. Escribió a los obispos de Toscana: *¿Cómo podeis creer que no estais separados de la comunión universal cuando no pronunciáis mi nombre, como es costumbre, en los santos misterios? pues, aunque indigno, la firmeza de la santa fe subsiste en mí en esta hora por la sucesión del episcopado.* Y como creyesen también los obispos de Francia que la fé había recibido un ataque, envió Pelagio su profesión de fé al rey Childeberto. *Creyéndonos obligados, dice, para evitar los escándolos, a manifestar nuestra fé a los reyes, hacia los cuales debemos mostrarnos respetuosos y permanecer sumisos como lo ordena la Escritura.*

Desde su muerte empiezan a prolongarse las vacantes para aguardar la confirmación del emperador, que se había atribuido esta autoridad; y el desorden creciente aumenta la escasez de datos. Juan III, que gobernó trece años (560), hizo terminar la iglesia de San Felipe y Santiago, adornada de pinturas y mosaicos que representaban hechos heroicos. Tuvo por sucesor a Benedicto (574), después a Pelagio II (578), quien se esforzó en destruir el cisma y dió pruebas de generosidad, tanto reedificando a San Lorenzo, como socorriendo a los que huían ante los aceros de los longobardos y los desgraciados atacados de la peste.

En medio de la intranquilidad interior y de las amenazas exteriores, se había afianzado poco aquella primacía que los pontífices heredaron de la tradición apostólica. Siendo en su mayor parte arrianos los conquistadores, y los emperadores de Oriente por lo común herejes, consideraban los católicos de toda la Europa al papa como jefe y protector universal, e invocaban sus consejos para las almas y su protección para las vidas. Teodorico, rey de los ostrogodos, príncipe el más cercano a él y también el más poderoso, daba más crédito a la opi-

nión del pontífice, haciendo a su lado el papel de intercesor benévolo en favor de los demás obispos y de los príncipes, como también negociando en su nombre con los emperadores de Bizancio.

Colección de cánones.—Contribuyó aun a aumentar esta autoridad la colección de los cánones. Desde los primeros tiempos pudo hacer la Iglesia decretos para su propia administración, multiplicándose a medida que se estendieron las relaciones con la sociedad exterior. Los primeros que se reunieron fueron los ochenta y cinco *Cánones Apostolorum*; y sino pertenecen a los Apóstoles, son, a no dudarlo, muy antiguos. Se consideran como apócrifas las constituciones atribuidas a San Clemente y varias decretales de los primeros pontífices. Esteban, obispo de Efeso, hizo también hacia 385 una colección de ciento sesenta y cinco cánones, según los primeros concilios generales y provinciales celebrados en Oriente; y agregáronse las decisiones de los concilios sucesivos. Pero no teniendo estas colecciones, ni acaso otras, una autoridad general, haciendo variar el derecho canónico los decretos de los concilios parciales de una a otra provincia, y estando otros en griego, habían sido mal traducidos, lo cual hacía indispensable una nueva y mejor colección.

Dionisio.—Esta empresa fué acometida por el escita Dionisio el Pequeño (*Exiguus*) (527), versado en el conocimiento del idioma griego y en muchas ciencias. Su trabajo fué recomendado por Casiodoro, que le protegía, y a esto se debió que con facilidad se adoptara en todo el Occidente. Dionisio añadió a su colección las decretales de los papas desde Siricio, en las cuales se hallaba consignada la antigua superioridad del obispo de Roma sobre los demás; y como estas decretales adquirieron fuerza de ley, consolidaron la supremacía papal.

A este tiempo descendieron los longobardos a Italia. Carecía el país de un caudillo general; y los romanos avasallados, así como los que aun estaban libres, no tenían otro personaje eminente que el papa a quien volver los ojos. Este tenía inmensos dominios en Sicilia, Calabria, la Pulla, la Campania, la Sabina, la Dalmacia, la Iliria, la Cerdeña, en los Alpes Cocios y hasta en las Galias. Estos dominios eran cultivados por el método antiguo, es decir, por colonos, y ejercía una jurisdicción legal sobre ellos; nombraba empleados y daba órdenes. Las rentas que percibía le colocaban en aptitud de atender a las necesidades en tiempo de carestía, de dar asilo a los refugiados y salario a las tropas. Cuando la conquista hubo interrumpido las comunicaciones entre Roma y el exarca de Ravena, quedó de hecho el papa como jefe de la ciudad en que residía, estuvo en correspondencia directa con la corte de Bizancio, hizo la paz y la guerra con los reyes longobardos, y vino a ser representante del partido nacional, oponiéndose a sus conquistas.

Gregorio Magno, 550-604. — Solo aguardaba la

cátedra de San Pedro un pontífice que conociera toda la importancia de su alta categoría y desplegara la dignidad correspondiente. Tal fué Gregorio Magno (4). Descendiente de la antigua y muy opulenta familia Anicia, consagró en su juventud al estudio de las ciencias un vivo entendimiento y una capacidad extraordinaria: siguiendo acto continuo la carrera de las magistraturas fué nombrado, por Justino II, prefecto de Roma, empleo el más insigne de entonces. Pero disgustado del mundo é imitando el ejemplo de sus padres, se retiró al convento de San Andrés, que había fundado en su propia morada, como también otros seis en Sicilia. Habiéndose fortalecido en aquel retiro, donde iban a buscar los débiles un refugio contra las tempestades y donde los fuertes iban a prepararse a luchar contra ellas; creyendo poder ser útil con sus predicaciones, pidió al papa Benedicto I licencia para llevar la verdad a Bretaña, y una vez alcanzada púsose en camino. Pero el pueblo de Roma principió a gritar al papa (580): «Habeis ofendido a San Pedro; habeis destruido a Roma dejando partir a Gregorio;» de manera que aquel revocó su misión. Nombrado por Pelagio II en calidad de uno de los siete diáconos de la Iglesia romana, fué enviado por este mismo papa a la corte griega a fin de implorar socorro. «Haced presente al emperador, le escribía Pelagio, que violando su juramento, nos han hecho padecer los longobardos tantos males que es imposible narrarlos. Si Dios no inspira al emperador para que nos envíe a lo menos un maestre de la milicia y un duque, estamos abandonados de toda ayuda, especialmente en el territorio de Roma que está desguarnecido de tropas: nos participa el exarca que no puede socorrernos, en atención a que ni aun tiene fuerzas para defender a su vecindario. Plegue a Dios que el emperador nos asista antes de que esta abominable nación se apodere de cuanto le queda todavía al imperio (5).»

Durante su permanencia en Constantinopla, donde estudió Gregorio el carácter del gobierno bizantino, se grangeó la estimación y la benevolencia de todos: de modo que quiso el emperador Mauricio que tuviera a su hijo en las fuentes bautismales. Cuando a la muerte de Pelagio II concurren todos los votos a conferirle el pontificado, supo Gregorio con espanto esta noticia: hubo necesidad de buscarle por espacio de tres días

(4) GREGORII MAGNI.—Opera, studio mon. Ord. Santi Benedicti. Paris, 1705, 4 tomos.

J. DIACONI, *Vita Sancti Gregorii Magni*. Véase también la de un anónimo: ambos se hallan en la colección de los Bollandistas, 12 de marzo.

DIONISIO DE SAINT-MARTHE.—*Historia de Gregorio Magno*. Ruan, 1697.

MAIMBOURG, *Historia del pontificado de San Gregorio Magno*.

(5) *Ep.* de 4 de octubre de 584, según JUAN DIACONO, I, 51.